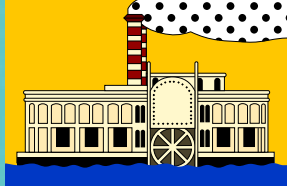




serie

PABLO DIABLO

EL BARCO



DE VAPOR

Francesca Simon

Pablo Diablo y el club secreto

Ilustraciones de Tony Ross



sm

Primera edición: marzo de 2001

Decimosexta edición: noviembre de 2013

Dirección editorial: Elsa Aguiar

Traducción del inglés: Miguel Azaola

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 1995
por Orion Children's Books

Título original: *Horrid Henry and the Secret Club*

© del texto: Francesca Simon, 1995

© de las ilustraciones: Tony Ross, 1995

© Ediciones SM, 2001

Impresores, 2

Urbanización Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

Fax: 902 241 222

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE



1

Pablo Diablo y la inyección, 7

2

Pablo Diablo y el club secreto, 27

3

El día terrible de Roberto, el niño perfecto, 47

4

La fiesta de cumpleaños, 71





.....

PABLO DIABLO Y LA INYECCIÓN

—¡¡AAAAYYYY!!

—¡¡¡AAAAAAYYYYYYYY!!!

—¡¡¡¡AAAAAAAAYYYYYYYYYY!!!!

Los horrorosos gritos atravesaban la puerta cerrada del cuarto de la señorita Mariví Bisturí, la enfermera.

Pablo Diablo miró a su hermano menor, Roberto, el niño perfecto. Roberto miró a Pablo. Luego los dos miraron a su padre, que siguió impasible, mirando al frente.

Pablo y Roberto se encontraban en la consulta de la doctora Lisístrata Lamata.

También estaba allí Marga Caralarga.
Y Susana Tarambana, Andrés
Pesteapiés, Peporro Ceporro,
Guillermo el Muermo, Arturo
Cocoduro, Vanesa la Espesa, Clarisa
Monalisa, Renato Mentecato y casi toda
la panda con que se codeaba Pablo. Cada
cual a la espera del terrible momento en
que la señorita Bisturí pronunciara su
nombre.

Era el día peor de todos. El día de la
inyección.

A Pablo Diablo no le asustaban las
arañas. Tampoco le asustaban los
fantasmas. Ni los ladrones, ni las
pesadillas, ni los crujidos de puertas,
ni cualquier misterioso ruido nocturno.
Solo le asustaba una cosa.

Pensar siquiera en... en... una...
INYECCIÓN (Pablo solo conseguía
pronunciar la palabra a duras penas) le
producía escalofríos, tiritonas,
estremecimientos y temblores.



La señorita Bisturí entró en la sala de espera.

Pablo contuvo la respiración.

“Por favor, que llame a otro”, rogó en silencio.

— ¡Guillermo! —dijo la señorita Bisturí.

Guillermo el Muermo rompió a llorar.

— Vamos, nada de lloriqueos —dijo la señorita Bisturí. Agarró a Guillermo firmemente del brazo y cerró la puerta tras él.

—Yo no necesito ninguna inyección
—dijo Pablo—. Me encuentro muy bien.

—Las inyecciones son para evitar que
te pongas enfermo —le aclaró su padre—.
Combaten los gérmenes.

—Yo no creo en los gérmenes —dijo
Pablo.

—Yo sí —respondió su padre.

—Yo sí —dijo Roberto.

—Bueno, pues yo no —insistió Pablo.
Su padre suspiró.

—Mira, te van a poner una inyección,
y se sanseacabó.

—A mí no me importan las inyecciones
—dijo Roberto, el niño perfecto—. Sé lo
buenas que son para mi salud.

Pablo se transformó de pronto en un
extraterrestre llegado del cosmos
dispuesto a poner inyecciones a los
terrácolas.

—¡AYYY! —chilló Roberto.

—¡Deja de fastidiar, Pablo! —gritó su
padre.

—¡UUAAAAAAAAAAAAAYYYYYY!
—hasta ellos llegaron unos terribles gritos
desde detrás de la puerta de la señorita
Bisturí—. ¡UUAAAAAYYYYYY!
¡NOOOOOOOOOOOOOOOOO!

Guillermo el Muermo salió
tambaleándose, gimiendo y sujetándose
el brazo.

—Llorica —dijo Pablo.

—Espera y verás —sollozó Guillermo.
La señorita Bisturí volvió a la sala de
espera.

Pablo cerró los ojos.

“Por favor, no me llames”, pidió para
sus adentros. A mí no.

—¡Susana! —exclamó la señorita Bisturí.
Susana Tarambana entró a
regañadientes en el cuarto de la señorita
Bisturí.

—¡UUAAAAAAAAAAAAAYYYYYY!
—se repitieron los terribles gritos—.
¡UUAAAAAYYYYYY!
¡NOOOOOOOOOOOOOOOOO!



Y Susana Tarambana salió casi arrastrándose, lloriqueando y sujetándose el brazo.

—Valiente quejica —dijo Pablo.

—Pues mira tú quién fue a hablar —dijo despectivamente Susana.

—¿Ah, sí? —dijo Pablo—. No tienes ni idea.

La señorita Bisturí reapareció.

Pablo se tapó la cara con las manos.

“Ojalá no me toque a mí”, pensó.

“Que sea otro, por favor”.

—¡Marga! —llamó la señorita Bisturí.

Pablo se tranquilizó.

—Eh, Marga —dijo—, ¿sabías que usa unas agujas tan grandes y tan puntiagudas que pueden atravesarte el brazo de parte a parte?

Marga Caralarga no le hizo ni caso y entró con decisión en el cuarto de la señorita Bisturí.

Pablo se moría de impaciencia por oír los terribles gritos. ¡Lo que iba a hacerle rabiar a la quejica de Marga cuando saliera!

Silencio.

Por fin, Marga Caralarga regresó a la sala de espera contoneándose y exhibiendo con orgullo un enorme esparadrapo en el brazo. Sonrió a Pablo.

—Bueno, Pablo. No te vas a creer el tamaño de la aguja que está usando hoy. Es tan larga como mi pierna.

—Cierra el pico —respondió Pablo. Respiraba agitadamente y se estaba mareando.

—¿Te ocurre algo, Pablo? —le preguntó Marga, melosa.

—No —contestó Pablo fulminándola con la mirada. ¿Cómo podía tolerarse que no hubiera gritado ni llorado?

—Menos mal —dijo Marga—. Yo solo quería avisarte, porque en mi vida he visto unas agujas tan gordas y tan descomunales...

Pablo se dio ánimo. Hoy sería un día distinto.

Hoy iba a ser valiente.

Hoy iba a ser intrépido.

Entraría con aplomo en el cuarto de la señorita Bisturí, le ofrecería el brazo y... que le hiciera una faena si se atrevía. Sí. Hoy sería el día. En adelante le llamarían Pablo Sin Temor, el niño que se rió cuando le clavaron la aguja, el niño que pidió que le pusieran otra inyección, el niño que...

—¡Pablo! —dijo la señorita Bisturí.

